

FILOSOFÍA DEL PENSAR

“VENGO 'E LA UNIERSIÁ”: O SEA, ADÓNDE VA EL IDIOMA

Lic. Bruno Manara*

ABSTRACT:

The scope of this paper is to show the main linguistic influences, both of the Andalusian dialect since the beginning of the Spanish occupation of Venezuela, and of the local Indian languages, as well as other cultural and political situations that affect the modern speaking in Venezuela. Also, a short exposition of the formation of the Spanish language is outlined.

KEY WORDS:

Spanish, Andalusian dialect, linguistic substract, cultural and political influences.

INTRODUCCIÓN

El P. José Gumilla, el primero que escribió sobre los indígenas de la cuenca del Orinoco (1739), los clasifica por *naciones*; es decir: “agregados de gentes a quienes divide y une entre sí la uniformidad o diversidad de lenguajes”¹. Esto es tan cierto, que nuestros indígenas consideraban “hermanos” a los grupos que hablaban una lengua que ellos entendían, y como enemigos a los que hablaban un idioma diferente al de ellos. En efecto, el nombre que cada tribu se daba era el de “Hombres” o “Gente”; de modo que, cuando en sus andanzas en busca de alimento se encontraban con otro grupo que hablaba una

* **Bruno J. Manara** es Licenciado en Letras, con mención en Latín Superior, por la Universidad Central de Venezuela el año 1973. Ha ejercido por muchos años como docente de castellano, latín y literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas (IPC) desde 1967; y en el Instituto Venezolano de Audición y Lenguaje (IVAL) entre 1973-80. Lleva a su cargo la enseñanza de griego bíblico en el ITER desde el año 1993; y la de Idioma Clásico (concretamente el Latín), en este mismo Instituto, desde el año 2001. Profesor de Latín para Botánicos en el Postgrado de Agronomía (UCV-Maracay), desde 1997 y autor de un texto de Latín y Griego Básicos para Botánicos (Fund. Planchart, 1995). Incursionó en la investigación de la literatura oral popular, a través de la hoy desaparecida Federación Nacional de la Cultura Popular, FENACUP. En particular, de su contacto con los cultores del espiritismo popular, resultaron los trabajos: *El Jefe*, Gregorio Camacho (1985), *María Lionza*, su entidad, su culto y la cosmovisión anexa (UCV, 1995), Más reciente es su libro *Compendio de Gramática latina y griega para uso taxonómico* (Fundación Instituto Botánico de Venezuela, Caracas 2008). Correo electrónico manara3939@yahoo.com

¹ *El Orinoco ilustrado...*, Libro 2º, cap. VII.

lengua que ellos no entendían, estos podían ser considerados como *no-gente*, al igual que los tigres, los monos o las aves. Por este motivo, el P. Felipe Salvador Gilij dice que, sin esperar que llegaran los conquistadores europeos, los indígenas ya tenían frecuentes guerras entre sí, por discusiones acerca de los recursos alimenticios, para obtener mujeres y esclavos, o simplemente porque “miran siempre con ojo amenazador a los que no conviven con ellos, a tal punto que basta que un indio sea distinto de otro en el hablar, para que este quiera insensatamente derramar la sangre del otro”; y concluye diciendo que esa es la razón de por qué “pocos extraños han bastado para apoderarse en poco tiempo de sus tierras”².

Esos “pocos extraños” que se impusieron militar y políticamente en Venezuela hablaban la lengua de Castilla que, gracias a la iniciativa política y militar de ese reino en la reconquista de la península contra los moros, había sido impuesta también sobre las otras formas lingüísticas hermanas peninsulares, hasta volverse el “español” oficial.

Cabe esperar también que el español, en los distintos países ibero-americanos, con el paso de los siglos, se fragmente en muchas lenguas hermanas, todas derivadas del español o del portugués, lo mismo que estas dos lenguas (al igual que el gallego, el asturiano-leonés, el navarro-aragonés, el catalán, el valenciano y otras formas dialectales peninsulares) se originaron del latín.

Nace una nueva lengua

Por de pronto, es oportuno recordar que los cambios fonéticos que transmutaron el latín en castellano no fueron inmediatos en Hispania, y tampoco resultaron de un acuerdo consciente de los hispano-romanos, sino que fueron fruto de unas tendencias fonéticas espontáneas en boca de los hablantes, pero que Álex Grijelmo considera orientadas subconscientemente por el “genio del idioma” nuevo por nacer, todavía en laborioso trance embrionario de formación.

Es un hecho que durante muchos siglos las personas cultas se esmeraron siempre para hablar latín en la forma más correcta que sabían, y en ese esfuerzo se enfrentaban a la pronunciación rústica que, en el caso de España, era con creces la más usada, debido al escaso nivel cultural de las masas populares. De allí que durante muchos siglos en una plaza cualquiera de España se podía oír hablar a un mismo tiempo, por ejemplo, de *tauru*, *tauro*, *touro*, *toro*, sin que nadie pudiera criticar la forma de hablar de los otros, ya que estaba claro que eran todas formas dialectales de la única lengua que les servía como modelo

² *Ensayo de Historia Americana*, Tomo 2º, Libro 4º, cap. V. Julio César Salas habla de “estado de guerra permanente en que vivían las tribus y naciones aborígenes de América”. (*Etnografía de Venezuela*, 1956, p. 29)

tradicional: el latín. Esta lucha entre formas lingüísticas discordantes era reforzada por el uso del latín en las ceremonias religiosas, con lo cual cada domingo los hablantes cultos sentían respaldada su manera de hablar, mientras los hablantes rústicos sentían sus dialectismos confrontados por las palabras empleadas en las lecturas y en el lenguaje litúrgico, lo cual suponía un forcejeo continuo entre las formas antiguas del latín y las más recientes que sonaban en boca del pueblo. En este choque de tendencias fonéticas distintas, algunas palabras frecuentes en el uso eclesiástico quedaron afectadas significativamente en su evolución popular normal. Tal es el caso de términos como *virgen*, *ángel*, *siglo*, *regla*, *apóstol*, *obispo*, *milagro*, *peligro*, *cabildo*..., que si hubieran podido proseguir su evolución fonética sin interferencias, se hubieran vuelto *verzen*, *anlo* o *año*, *sejo*, *reja*, *abocho*, *besbo* o *ebespo*, *mirajo*, *perijo*, *cabejo*..., por lo mismo que *tégula* se volvió *teja*, y *vétulu* se transformó en *viejo*.³

A la influencia eclesiástica atribuimos también la conservación de la *u* final en una palabra como *espíritu*, que aparece en la señal de la cruz (...et *Spiritus* sancti. Amen), detalle que no se produjo en lenguas romances hermanas, como el portugués (*espírito*), francés (*esprit*), italiano (*spirito*) y rumano (*spirit*).

Durante los siglos XIII a XVII, a medida que se elevaba el nivel cultural de las personas estudiosas, el acervo lingüístico de la vieja lengua de Castilla se sintió cada vez más pobre, y los escritores y poetas echaron mano de un cúmulo de palabras latinas, especialmente adjetivos y verbos, que incorporaron profusamente en sus escritos y en el habla cotidiana. Estas palabras, desde luego, se reconocen fácilmente por su clara analogía con los equivalentes vocablos latinos, ya que no habían sido sometidos al secular desgaste fonético de las voces patrimoniales de la lengua, que habían llegado desde la lejana época de los conquistadores romanos pasando de boca en boca a través de los siglos. Tal sería el caso, junto con otras muchas, de voces castellanas como *multiplicar* y *justicia* (del latín: *multiplicare* y *justitia*), cuando en el romance de Alfonso X el Sabio se decía: *amuchiguar* y *justeza*. Estas voces tradicionales en muchos casos quedaron desplazadas por neologismos latinos, o bien formaron parejas con estos, como sería el caso de *manchado-inmaculado*, *oído – inaudito*, donde apreciamos formas tradicionales (*manchado*, *oído*) y formas tomadas directamente del latín casi sin cambio alguno (*inmaculado*, *inaudito*, del latín: *inmaculatus*, *inauditus*).

Álex Grijelmo describe esta situación comparando el español a un carruaje guiado por el “genio del idioma” y que avanza tirado por “dos caballos,

³ Díez-Echarri y Roca Franquesa, en: *Historia de la Lit. Esp. e Hispano-Amer.*, 1960, p. 7.

dos fuerzas que representan la evolución popular y la tendencia de las corrientes cultas, el campo y la ciudad, los fieles y el clero, y consigue que ambos avancen en colaboración prestándose mutuamente ánimo para que el carruaje siga su camino, dando la primacía a las clases cultas en las palabras menos usadas y otorgando el poder al pueblo en las más corrientes”.⁴

Estas dos fuerzas antagónicas actuaron y siguen actuando no solo en palabras patrimoniales de origen latino, sino también en términos griegos que en ese idioma terminan en *-ía*. Los que fueron incorporados al latín hace dos mil años, se habían adaptado a la pronunciación latina vigente (ejs.: *historia*, *comoidía*, *tragoidía*, *gymnasía*, *democratía*, *ambrosía*, *Asia*, *Arabía*, *India*... > *historia*, *comoedia*, *tragoedia*, *gymnasia*, *democratia*, *ambrosia*, *Asia*, *Arabia*, *India*..., según la pronunciación de voces latinas como: *provincia*, *justitia*, *prudentia*, *sententia*, etc.), mientras los que se incorporaron en siglos recientes a través de la vía culta mantienen la pronunciación griega original (ejs.: *symphonía*, *monarchía*, *anarchía*, *oligarchía*, *energía*... > *sinfonía*, *monarquía*, *anarquía*, *oligarquía*, *energía*..., etc.). Eso explica discordancias de acentuación como *agape* y *ágape*, *diabetes* y *diábetes*, *Rumanía* y *Rumania*..., donde apreciamos que en boca de personas “cultas” se conserva el acento griego original (*agape*, *diabetes*, *Rumanía*...), mientras, en la medida en que tales voces lleguen a ser de uso popular, prevalecerá la tendencia fonética latina patrimonial: *ágape*, *diábetes*, *Rumania*, por lo mismo que hablamos de *Sócrates*, *Aristóteles*, *Aristides*, cuando en griego clásico era: *Socrates*, *Aristoteles*, *Aristeides*⁶.

De todos modos, el “genio del idioma” también alteró el acento latino en voces como “ténebrae”, “conclave”, “pelecanus”, “vertigo”, “impius”, “vacuus”, “medulla”, que hoy suenan: *tinieblas*, *cónclave*, *pelicano*, *vértigo*, *impío*, *vacío*, *médula* (pero el popular *meollo* mantiene el acento clásico).

Unos hechos culturales e históricos a partir del siglo XIII pusieron a España en contacto especial con Italia, tanto por el papado, como por las peregrinaciones a Roma y a Santiago, el florecimiento de las universidades italianas y la fundación del Colegio español de Bolonia (1364), donde estudiaron muchos futuros hombres de letras españoles, y entre ellos Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana. A lo anterior se deben añadir

⁴ Grijelmo, Álex, *El genio del idioma*, p. 269.

⁵ Pero *sinergia*, porque aunque sea un neologismo de origen griego, entró al castellano en años recientes a través del inglés (*synergy*), y mantiene el acento inglés, que aquí coincide con el acento latino.

⁶ “En las voces derivadas del griego, lo más común es acentuarlas a la manera de la lengua latina, que ha sido frecuentemente el conducto por donde han pasado al castellano. Los griegos, por ejemplo, pronunciaban *Socrátes*, *Demostíenes*: los latinos, *Sócrates*, *Demóstenes*, acentuando la antepenúltima sílaba; i tal es también la acentuación de esos dos nombres en nuestra lengua”. (A. Bello, *Ortología*..., p. 60)

cinco siglos (1282-1759) de dominio militar español en Italia, especialmente en Sicilia y Nápoles. Eso provocó una avalancha de italianismos que invadieron España, tanto a través de la literatura, como de los soldados españoles, que regresaban de Italia con un lenguaje rebotante de vocablos nuevos y hablando en *-ísimo* y *-érrimo*, terminaciones de los superlativos latinos que habían caído en desuso en el lenguaje español patrimonial. Desde luego, también la literatura de la época comenzó a llenarse de italianismos, como en el caso de Miguel de Cervantes; y en especial los poetas Juan Boscán y Garcilaso de la Vega introdujeron en castellano los temas poéticos mitológicos clásicos y pastoriles, e inclusive los versos italianos, y en particular el soneto. Estas innovaciones no fueron sin oposición por parte de espíritus más nacionalistas, y llegó un momento en que en España se produjo una verdadera anarquía lingüística y literaria, ya que no existía ninguna institución autorizada que marcara las pautas de lo que era aceptable y lo que se debía rechazar.

En esas circunstancias, ocho hombres de letras el 3 de agosto de 1713 se reunieron en Madrid, en el palacio de Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, con el propósito de erigirse en Academia, a fin de “evitar el deterioro del idioma y crear un amplio diccionario de la lengua castellana, en que se diera a conocer lo más puro de ella”. Esta asociación redactó su acta constitutiva, que fue sometida a la consideración del rey, solicitando su protección, y el 3 de octubre de 1714 una cédula de Felipe V la oficializó como *Real Academia Española*. De manos de esta institución, tomando como guía su lema “Limpia, fija y da esplendor”, salió el grandioso *Diccionadio de Autoridades* en seis tomos, entre 1726 y 1739, y luego un manual de *Ortografía* (1741) y la *Gramática* (1771). En definitiva, resultó el español moderno, enriquecido con un gran número de latinismos, cuyo uso estaba debidamente respaldado por la autoridad de los mejores escritores del idioma, y remozado por estrictas normas ortográficas, en las que, por cierto, se tomaba como modelo de las palabras españolas la ortografía original de las palabras en latín y en griego. Así, quedaron descartados los sonidos de la *x* y la *j* medievales (equivalentes a la *sh* inglesa y a la *j* francesa y portuguesa), la *x* recobró el sonido latino clásico, como en *examen*, se reincorporó la *h* latina, que había desaparecido en la ortografía castellana medieval (aver > *haber*; ome > *hombre*; oje > *hoy*), y se reconstruyeron los grupos consonánticos cultos del latín, que habían sido eliminados del habla popular (dotor > *doctor*; afeto > *afecto*; conceto > *concepto*; dino > *digno*; contino > *continuo*; coluna > *columna*), y siguen sonando hoy en otras voces latinas castellanizadas como: *abrupto*, *excepto*, *obscuro*, *fructificar*, *instituto*, *instrucción*, y muchísimas más.

EL CASTELLANO EN AMÉRICA

Durante la época de la Conquista y de la Colonia, la monarquía española mantuvo una postura ambigua en cuanto a la lengua de las tierras conquistadas en América. Si por una parte toda la documentación oficial estaba redactada en castellano, por la otra se permitía a los indígenas hablar su propio idioma, y se ponía el énfasis sobre la evangelización en sus lenguas nativas⁷. Eso por momentos puso en jaque la sobrevivencia del español en extensas áreas donde la población indígena era preponderante, como en México y otros países de Centroamérica y las regiones andinas.

Todo cambió en el primer cuarto del siglo XIX con la declaración de la independencia de las provincias de ultramar, porque cada una de las nuevas repúblicas tomó como oficial el idioma castellano, que comenzó a ser enseñado y aprendido a todos los niveles, tanto más cuando no conocerlo comportaba el desprecio social de los estratos superiores de la sociedad. Esto tuvo efectos catastróficos sobre las lenguas indígenas, la mayoría de las cuales desaparecieron sin que los intelectuales se preocuparan siquiera por recoger vocabularios, que por lo menos permitieran comprender el significado de una cantidad grande de topónimos indígenas que salpican la geografía nacional, especialmente la región andina; o finalmente cuando algunos intentaron recopilar los restos de tales idiomas, se podían encontrar con la negativa de los indígenas a expresarse en su lengua nativa, por terror al castigo corporal por parte de las autoridades. Tal fue el caso que cuenta Américo Briceño Valero, de un amigo cazador que, recorriendo en 1925 los campos de Trujillo en busca de cacería, sorprendió a una viejita hablando con un joven indio en su nativo cuikas. Se les acercó en la forma más cordial y afable que pudo y les pidió que siguieran hablando en cuikas; pero a pesar de todos los ruegos, obtuvo una tenaz negativa con la respuesta: *Indio no hablar chontal, pare cura peya* (Nosotros no podemos hablar nuestro idioma, porque el padre cura nos pega). En efecto, después el investigador se enteró que "el señor cura párroco les había prohibido hablar su idioma, porque los indios practicaban algunos ritos idolátricos en su lengua primitiva, y quería por ese medio destruir en la parroquia el pecado de la idolatría. Y ellos obedecían a su mandato!"⁸. Ahora, lo único que era permitido hablar era la lengua de los amos.

⁷ Para facilitar esa tarea, los misioneros del Oriente del país y de los llanos occidentales compusieron gramáticas y vocabularios, destinados a servir a las generaciones sucesivas de misioneros. Eso sucedió con el cumanagoto y el chaima en Oriente, y especialmente con el achagua en los llanos occidentales.

⁸ Esto se había estado haciendo desde el comienzo de la Colonia. El historiador Américo Briceño Valero lamenta: "¡Pobres miserandos indios cuikas que, como las débiles cañas de sus ríos y las tímidas lianas de sus feraces vegas, cayeron tristemente en el insondable misterioso abismo de los siglos, sin dejar de sí

Por otra parte, a mediados del siglo XIX Andrés Bello destacaba lo que ya señalamos, a saber, que la justificación de las normas ortográficas impuestas por la Real Academia Española suponen en el hablante el conocimiento del latín; no de otra manera se podría comprender por qué *dirigir*, *gerente* y *gigante* se deben escribir con *g*, mientras *tejer*, *jerga* y *jeringa* se deben escribir con *j*. La razón que daría un académico es que las correspondientes voces latinas en ese idioma se escriben en un caso con *g* (*dirigere*, *gerentem*, *gigantem*), mientras en el otro se escriben con *x* o con *s* (*téxere*, *sérica*, *siringa*). Andrés Bello observaba, con razón, que un hablante hispano no necesariamente tenía que saber latín para escribir correctamente su lengua; y por tal motivo, en su tratado de *Ortología* y en la *Gramática de la lengua castellana para uso de los Americanos* propugnaba usar una misma letra para el mismo sonido, es decir, en los ejemplos dados, usar siempre *j*, ya que así era como de hecho se pronuncian las palabras propuestas, es decir: *dirijir*, *jerente*, *jigante*, como: *tejer*, *jerga*, *jeringa*.

Cabe destacar, sin embargo, que los propios impresores de las obras lingüísticas de Bello, tanto en Santiago de Chile como en Caracas, lo hacían bajo protesta, haciendo la salvedad de que ellos tenían como norma en sus imprentas guiarse por las reglas ortográficas establecidas por la Real Academia Española de la Lengua, de modo que las propuestas ortográficas de Andrés Bello muy pronto abortaron. En efecto, la gente culta en general prefirió acatar las normas ortográficas tradicionales, aún a sabiendas de que ya no correspondían fielmente a la imagen acústica del castellano en América.

Al respecto, leemos en el *Esbozo de una Nueva Gramática de la lengua española*: “Es ley ineludible que en tales condiciones (de divisiones políticas) tiendan a acentuarse cada vez más las diferencias lingüísticas. En el caso del español la aspiración a una norma común ha sido, sin embargo, secundada por acciones muy positivas, de modo muy especial y efectivo en los pueblos americanos, en donde la fragmentación política hacía temer con mayor verosimilitud una fragmentación de la lengua... Es lícito, por consiguiente, hablar de un español común, de una obediencia a determinada regulación básica de orden fonético y gramatical que se manifiesta en el habla de las personas cultas y se refleja en la literatura más universalista y menos teñida de particularismos lingüísticos”⁹.

Álex Grijelmo abunda sobre el mismo concepto, destacando además, para los tiempos modernos, la conveniencia económica que supone, para los hombres

mismos sobre su propia patria otros recuerdos que unas oscuras palabras de enigmático sentido, como lamentos de una raza que se esfuma en el piélago inmenso de la Historia!” (*Truxillo*, N°1, p. 8)

⁹ RAE, *Esbozo de una Nueva Gramática de la lengua española*, Nota 15, p. 14.

de negocios, de la cibernética y los grandes consorcios productores de cines y de novelas para la televisión, un mercado de 400 millones de hispanohablantes que se entienden en una lengua común en ambas orillas del Atlántico, sin necesidad de doblajes, reconociendo, por lo demás, las naturales diferencias dialectales y semánticas de algunas palabras en cada región, con los naturales equívocos y chistes que estas producen. Lo anterior es tan válido en América, como lo son en las distintas regiones de España; pero con la ventaja de que el idioma común de Iberoamérica es esencialmente la lengua de Castilla, mientras en España existen muy marcadas diferencias lingüísticas regionales, que rivalizan históricamente con el castellano, que es “español” no por razones lingüísticas, sino políticas, y en algunos casos muy a regañadientes¹⁰.

EL SUSTRATO INDÍGENA EN VENEZUELA

Cuando los conquistadores españoles llegaron al territorio que hoy conocemos como Venezuela, se encontraron con una multiplicidad de tribus indígenas que hablaban, no dialectos, sino lenguas distintas. En efecto, nos dice Galeotto Cey, uno de los primeros conquistadores que entraron por Coro y estuvo entre los fundadores de El Tocuyo: “Son los indios de diversas lenguas y naciones, enemigos unos de otros, llamados una parte achaguas, bobures, y otros coyones; algunos hay de nación caquetía y otros jirajaras, otros llamados cuicas, tan diferentes en el hablar como en el nombre”¹¹. El P. Gilij, por su parte, al afirmar también que los indígenas de Venezuela hablaban, no dialectos, sino *lenguas* distintas, recalca que tales lenguas eran de naturaleza que “quien sabe una no sabe nada de la otra”.

En cuanto a los jiraharas, no estaban solo en el estado Lara, sino también en los llanos y el P. Gumilla encuentra relaciones entre el jirahara y la lengua betoy de los llanos de Colombia, a pesar de que la primera tenía pocas erres, mientras la segunda demasiadas. Para aclarar su afirmación, trae el siguiente ejemplo en betoy: *Day, rááquirrabicarrú romú, robarriabarroráácájú*, es decir: Porque me hurtas maíz, te voy a apalear.

El P. Gumilla también tenía clara la diferencia entre lengua y dialecto, y prosigue diciendo que de las dos lenguas mencionadas, el jirahara y el betoy, se derivan las lenguas sítufa, airica, ele, luculia, jabúe, arauca, quilifay, anabali, lálaca, atabapa, etc.; mientras de la caribe nacen la guayana, la palenca, güiri, guayaniri, mapuy y cumanagota; de la sáliva se deriva o es corruptela la maypurí; de la guajira salen varias ramas entre la gran variedad de chiricoas; de

¹⁰ Grijelmo, Álex. *Defensa apasionada del idioma español*, passim.

¹¹ Cey, Galeotto. *Viaje y Descripción de las Indias*, 1995, p. 61.

la achagua, aunque es más pronunciable, suave y elegante de todas, todavía no se han descubierto lenguajes derivados, como tampoco de la otomaca, aruaca y guaraúna". Además, tilda de horrible "la excesiva velocidad de las lenguas guajiva, chiricoa, otomaca y guaraúna, tanto que causa sudor, frío y congoja el no poder distinguir el oído más lince una sílaba de otra"¹².

Por otra parte, como ya lo señalamos en otro trabajo, los primeros misioneros reportaron que en la región del Orinoco todas las lenguas carecían de algunas letras del alfabeto. Por ejemplo, solo la lengua guama tenía *f* (como la situfi y la jirahara de los altos llanos); en tamanaco la *b* estaba por *p*, la *t* por *d*, confundían *r* y *l*, y no existía *s*; en maipure abundaban las *rr*, como en la betoya, en la cual faltaba la *p*; la situfa no tenía *r*; el guarao carece de *g*, *l*, *p*, y confunde *r* y *d*; pero especialmente a la cumanagota, según el P. Caulín, le faltaban cinco letras, *b*, *d*, *f*, *l*, *rr*.

El P. Gilij coloca en esta dificultad para pronunciar algunas letras o sílabas el verdadero origen de muchos dialectos indígenas, lo cual, en caso de que en una tribu sucediera una discordia y un grupo se apartara y rompiera todo contacto con el otro, al pasar de los años podía surgir una nueva manera de hablar. Eso se aprecia fácilmente -dice- en el maipure y el avano, siendo el primero dulce y de fácil pronunciación (ej.: *nuya*, yo; *tinioqui*, mujer; *ussi*, cazabe), mientras el segundo es más gutural (ej.: *nuya*, *hioji*, *pussi*)¹³.

Él, además, se dio cuenta de que con el caribe podía entenderse con las tribus del Orinoco Medio, mientras con el maipure (piaroa) podía comunicarse con las del Alto Orinoco, lo cual nos habla de dos familias lingüísticas básicas, a saber: el caribe y el arahuaco, que tenían ramificaciones hacia la costa norte. Por ejemplo, en todo el Oriente, los cores, chaimas, cumanagotos, carañas de la mesa de Guanipa, guaiqueríes y, en el centro, los caracas, teques, mariches, meregotos, quiriquires y tumuzas eran de raza caribe, al igual que los cipas o ciparicotos de Centro-Occidente, mientras los tarmas y arbacos del Centro y los caquetíos de Falcón, Curaçao, Aruba, Bonaire, Barquisimeto y el valle de Yaracuy, además de varios núcleos esparcidos por los llanos, pertenecían a la gran familia arahuaca. En la región que rodea el lago de Maracaibo se daba la misma diferencia: unas tribus eran de familia caribe, como los barí o motilones, los bobures, buredes y pemenos, y otras eran arahuacas, como los guajiros, onotos, aliles y los exterminados zaparas.

Muy distinto era el caso de los timoto-cuicas de nuestros Andes, cuyos dialectos, según algunos, estaban emparentados con el chibcha o muisca de Colombia, mientras según otros autores, hablaban formas lingüísticas

¹² Gumilla, J. *El Orinoco...*, 2ª Parte, Libro 3º, cap. IV.

¹³ Gilij, F. S., *Ensayo...*, Tomo 3º, Libro 3º, cap. IV.

relacionadas con las de Centroamérica. El problema se complica si bajamos un poco hacia el interior, ya que de la lengua de los jiraharas y gayones nada se sabe, los ajaguas del sur del estado Lara eran una rama de la gran familia achagua, que se hablaba en los llanos hasta el río colombiano de Casanare, mientras los ayamanes del sur de Falcón y norte del estado Lara, según algunos autores modernos, hablaban una lengua emparentada con el tupí del sur de Brasil y el kokama de Colombia, a su vez relacionado con la lengua del alto Huallanga, en Perú. Por otra parte, la lengua de los guaraos del Delta del Orinoco se considera páleoamericana, como la de los yanomamis, siendo notable la circunstancia de que la primera tribu es esencialmente navegante ("guarao", hombres de la canoa), mientras los yanomamis solo en décadas recientes comenzaron a navegar, a imitación de los vecinos yecuanas, u "hombres de la canoa", de raza caribe.

En boca de indígenas que hablaban tantas lenguas diferentes, no debe sorprender que los términos de una lengua fuesen deformados en boca de los hablantes de un idioma distinto, como en el caso de la conocida palabra caribe *Kanaimé*, que designaba a los espíritus en general, y que en boca de los vecinos guaraos se volvía *Kanabo*.

Un rasgo fonético muy frecuente en las lenguas de nuestros indígenas era la alternancia entre *r* y *l*, como se podrá apreciar por algunos ejemplos. En primer lugar, el concepto de Ser Supremo, para los tamanacos, de raza caribe, era *Amalivaca*; para los caribes guayaneses, *Amarivaca*; para los yecuanas de Amazonas, *Mayovoca*, y para los guajiros, de raza arahuaca, *Mareiwa* o *Maleiwa*.

El concepto contrario, es decir, Ser maligno o Diablo, en distintas etnias de raza caribe era: en tamanaco, *Yoloquiamo*; para los chaimas, *Yoroquím*; para los caribes guayaneses, *Yoroco*, *Yoroca*, *Yorocán*; para los cumanağotos, *Ivoroquiamo*, término en todo caso derivado de *ivoroco*, zorro, porque, según el P. Caulín, así solía aparecerse el diablo a los piaches.

Por su parte, la lengua de los yecuanas carece de *p*; y por eso el cerro *Parú*, el río *Padamo* y la vecina tribu de los *Piaroas* en boca yecuaña se vuelven *Faru hidi*, *Fadamo*, *Fiaroa*, mientras el título español de "capitán" se volvió *cahitana* y desplazó el término original yecuaña para "cacique".

Para que mejor se aprecie la dificultad de los indígenas para pronunciar palabras de otras lenguas, en particular del castellano, reproducimos del *Diccionario básico del idioma caríña* del Prof. Jorge Mosonyi¹⁴ algunas voces castellanas tal y como sonaban en boca de esos caribes de la mesa de Guanipa,

¹⁴ Mosonyi, Jorge. *Diccionario básico del idioma caríña*, 1978, passim.

cuya lengua poseía vocales largas y breves y los sonidos *v* y *ü* francesa, carecía de *b, f, g, l, rr*, y no admitía palabras agudas, como se verá a continuación:

CASTELLAMARINÀ

acordekordioonü

agvujsa

arrojshi

atuunü

azücukka

botitijsha

bottoona

cajpe

capitpitaanü

capotapoorarü

caclvujsho

crrujsä

Dijso

CASTELLAMARINÀ

fösfoojaro

guauararü

lannsa

lechshi

meleroona

mura

nararanka

perero

pinoserü

plairüajsa

poliorejshiyya

soka

vaaka

Alejandro de Humboldt nos da también la explicación del término *pendare*, con el cual en Amazonas designan el árbol (*Manilkara bidentata*) que produce un látex blanco, materia prima del chicle, y que en Guayana se designa como *purguo* o *purguey*. Cuenta el científico que en el siglo XVIII ese látex se usaba para “pintar” de blanco los muebles; pero que los echinavis de Pimichín, en lugar de “pintar” decían *pendare*, y este término finalmente se generalizó para designar el árbol que producía ese látex de *pendare*, y quedó desplazada la voz *javicu*, que era el nombre indígena original.

En los ejemplos dados hasta aquí, a pesar de todas las variantes fonéticas indígenas, es siempre posible reconocer a distancia el término de origen. No sucede lo mismo cuando un idéntico concepto es expresado por medio de una voz propia de cada idioma, porque entonces adquiere plena validez la ya mencionada afirmación del P. Gilij, a saber: “el que sabe una lengua indígena, no entiende nada de la otra”.

Para dar una idea de la diversidad de idiomas que se hablaban en Venezuela, a continuación presentaremos algunas palabras en cumanağoto, guajiro, ayamán y guarao, junto con su significado en castellano, a saber:

CASTELLANO	CUMANAGOTO ¹⁵	GUAJIRO ¹⁶	AYAMÁN ¹⁷	GUARAO ¹⁸
<i>cachicamo</i>	cachicamo	kerrü	dou / dok	babe
<i>fuego</i>	huapoto	sikí, skí	duga / dug	jekunu
<i>guacharaca</i>	huacharaca	atpa	actogó / octogó	janakuá
<i>hombre (varón)</i>	huarato	toolo	ayomán	nibo
<i>león (puma)</i>	cunaguaro	wasashi	vezinzú	tobe-simo
<i>madre</i>	achan, azan	tei	manvá / iñom	dami / rami
<i>maíz</i>	chocori	maiki	dox	naukamo
<i>mono</i>	arahuato	alálala	chuk / chuko	naku / guay
<i>mujer</i>	huericha	jierü	seuha / siepue	tida
<i>padre</i>	papuer	tashi	tete, eteté	dima
<i>paraulata</i>	paraurata	waiñpirai	kokrí / chuchuba	rosiru / daitat
<i>tigre (jaguar)</i>	ekere	kalaíra	boshín	tobe
<i>venado</i>	coche	irrama	aquid / aguid	masí
<i>zamuro</i>	curumu	samulu	chamor / samor	bure
<i>zorro</i>	iboroco	walirü	mohorí, guarhen	ana / kebijí

Por la lista anterior se podrá observar que el cumanagoto, una de las primeras lenguas con las que los conquistadores de Tierrafirme estuvieron en contacto, suministró al castellano criollo varios términos de elementos de la fauna local (*cachicamo*, *guacharaca*, *cunaguaro*, *araguato*, *paraulata*, *guaricha*), mientras algunos otros quedaron como nombres topónimos (*Coche*, *Curumo*). Otra cantidad se originó del caquetío, hablado en occidente, como: *sabana*, *bejuco*¹⁹, *barquí*, *barbacoa*²⁰, *caney*, *mazato*, *guacal*, *tara*, *ayaca* (= hallaca), y varios sonoros topónimos locales como: *Coro*, *Cumarebo*, *Zazárida*, *Capatárida*, *Paraguaná*, *Adicora*, *Amuay*, *Dabajuro*, *Urumaco*, *Bararida*, *Uadabacoa*, *Canoabo* e inclusive *Coquibacoa* (de: *coquí*, bachaco; *bacoa*, lugar; Bachaquero), *Sanare* (hierba) y *Barquisimeto* (por “Bariquisemeto”, Barquí dulce), mientras el ayamán suministró algunas voces al español de Centro-Occidente, como *chuchuba* y *chuco* (que originó inclusive el refrán

¹⁵ Ruiz Blanco, Fr. Matías. *Arte y Tesoro de la lengua cumanagota*. Leipzig, 1888.

¹⁶ Jusayú, Miguel Ángel y Jesús Olza Zubiri. *Diccionario sistemático de la lengua guajira II*. Caracas, UCAB, 2012.

¹⁷ Querales, Ramón. *El Ayamán*. Barquisimeto, 2007.

¹⁸ Barral, Basilio Ma. *Diccionario guarao-español, español-guarao*. Caracas, 1957

¹⁹ Nicolás Federmann escribía “weshuco”. Son solo algunas docenas las palabras caquetias cuyo significado se conoce, gracias sobre todo a Galeotto Cey, que las reporta; pero por ellas es fácil deducir que ese idioma era muy semejante al guajiro. Por ejemplo, si en guajiro “mujer” se dice *jierü*, en caquetio era *iero*; y si en guajiro “zorro” es *walirü*, en caquetio era *guariro* (*wariro*); si en guajiro “hierba” es *sanai* o *sanali*, en caquetio era *sanari*; si en guajiro “ser gustoso” es *seme’tá*, en caquetio “dulce” era *semetu*.

²⁰ Parrilla. Este vocablo pasó al inglés como *barbecue*.

local: *Hijo de chuco no yerra bejuco*, equivalente a: Hijo de gato caza ratones)²¹.

Se debe notar, de todos modos, que esas voces indígenas fueron adaptadas a veces muy arbitrariamente a la fonética y tendencias lingüísticas de la lengua de los conquistadores. De un modo análogo, *Carache*, *Escuque*, *Castán*, *Esnujaque*..., son adecuaciones fonéticas castellanas de los términos cuicas: *Krachy*, *Skuke*, *Kstán*, *Usushak*... En particular, la tan frecuente sílaba inicial *hua-* (transcrita como *wa-* en alfabeto internacional) se volvió *gua-* en la grafía criolla, como en *La Guaira*, *Guaicaipuro*, *Guaicamacuto*, *Guanta*, *Guaca*, *Guasipati*, *Guayana*, *guarao*, *guayú*, *guaro*, *guaiquerí*, *guaricha* y otras muchas; y esto análogamente a la tendencia popular de transformar en *güe-* los grupos *bue-* y *hue-* iniciales de palabra (ejs.: “¡tá *güeno* ya!”; “Es un *güeso* duro”).

Simultáneamente, las lenguas nativas adoptaron y acomodaron a su pronunciación varias palabras de los conquistadores, como por ejemplo, “plátano”, que se volvía *curátane* (cumanagoto) o *prátano*, *pratán* y *paratán* (ayamán).

“Machete” se volvía *masep* en boca ayamán, y “escopeta”, *espó*, *spa*, *espoú*, siempre en ayamán, “burro” se volvía *buruhú*, y “ciudad”, *seudá*, mientras “obispo”, “padre”, “misa” se transformaban en: *bispus*, *patri*, *misús*.

¿Y qué decir de la palabra española “caballo”? Para los cumanagotos era *cavare*, para los guaraos *kauaio*, para los ayamanes, *kabeyu*.

No se quedaban atrás los cuicas trujillanos, quienes donde sus nuevos amos les imponían que dijeran *trigo*, *plato*, *burro*, *higo*, decían *tricu*, *prato*, *muri*, *tigús*...; en efecto, su idioma también carecía de varias consonantes y combinaciones fonéticas del español.

El mismo término “español”, en boca de diferentes etnias caribes sonaba: *pañur* (barí), *pañoro* (guayano), *fañuru* (yecuana).

Es también interesante ver cómo se modificaron los nombres propios “cristianos” en boca de los indígenas, especialmente de los alrededores del lago de Maracaibo, donde los barí, de “José Francisco” y “Toribio” hicieron: *Hosepshasiso* y *Toshibo*; y donde los guajiros, de “Felipe”, “Francisco” y “Dolores” sacaron: *Jelipa*, *Juransiku* y *Toloresü*, mientras los cuicas transformaban a “Juan” y “Julián” en *Shuán* y *Shukián*, ya que carecían de *l* y de *j*.

²¹ La lengua de los ayamanes ya no se habla desde el s. XIX. A ellos se les debe la fiesta folklórica de las Turas (“turi”, flauta), supervivencia de la fiesta indígena de la cosecha, y que ahora se celebra el 24 de septiembre, día de la Virgen de las Mercedes.

Parece inclusive que algunos oían en forma distinta a la nuestra el canto del gallo, como en el caso de los guajiros, para quienes el gallo no canta *kikirikí*, sino: *kootoleeeerakooouuuu*²².

Por lo demás, quedó completamente desechada la sintaxis posposicional y prefijal de las lenguas indígenas, como se aprecia en chaima (*nono*, tierra; *nono-po*, por la tierra; *nono-yao*, dentro de la tierra; *tamot*, cigarro; *u-tamot*, mi cigarro)²³; en caraca (*katucha*, catuche, guanábana; *kúa*, quebrada; *Katucha-kua-u*, en la quebrada de Catuche; *katucha-kua-y*, desde la quebrada de Catuche; *Katucha-kua-ca*, hacia la quebrada de Catuche)²⁴; en guarao (*ojiduina*, morichal; *ojiduina-yata*, morichal *al*; Nebu *ojiduina yata* naruae, El hombre *morichal al* marchó; Tai ma *saba* dibunae, Él mí *a* dijo)²⁵; o como en ayamán (*turi*, flauta; *turi-be*, flauta *la*; *aman-apu*, beber *para*; *an ñi siudá ye*, yo ir ciudad *a*; *bakamiho sip a tupup apa dug*, busca leña yo soplar *para* candela)²⁶.

Como vemos, la sintaxis de los idiomas indígenas era completamente extraña a la sintaxis de la lengua de los conquistadores. Además, las poblaciones indígenas quedaron terriblemente diezmadas -y algunas desaparecieron por completo- por las epidemias y los trabajos forzados a que eran sometidas. Finalmente, como ya lo señalamos, eran castigados si seguían hablando sus idiomas nativos, considerados como expresión de gente "irracional", inhibiendo así a los indígenas e induciéndolos, especialmente a los jóvenes, a mirar con desprecio el idioma de sus padres. La consecuencia fue que el multiforme sustrato lingüístico indígena en Venezuela, fuera de cierta cantidad de términos referentes a la fauna y la flora y artículos locales y un buen número de topónimos, y algunos rasgos fonéticos, afectó muy poco el castellano. A tal punto fue así, que en 1800 Alejandro de Humboldt tenía la impresión de que Caracas parecía una ciudad europea, a diferencia de otras ciudades del continente, en particular de las regiones andinas.

EL HABLA CASTELLANA EN VENEZUELA

En la parte que sigue nos restringiremos a analizar los que consideramos rasgos típicos del castellano hablado en Venezuela, y trataremos de precisar algunas tendencias fonéticas con que se habla, especialmente en la franja costera norte que, por incluirse aquí la capital de la república y la sede de los

²² Paz Ipuana, Ramón. *Glosario de voces indígenas*. Caracas, 1973, p. 292.

²³ Tauste, Fco. *Arte y vocabulario de la lengua de los indios chaimas...*, p. 42-3.

²⁴ Prof. Renato Agagliate, Sanare, inf. pers.

²⁵ Vaquero, Antonio, *Idioma Guarao*, p. 16.

²⁶ Querales, Ramón. *El ayamán*, pp. 139; 156.

más importantes medios de comunicación de masas, influye sobre el habla del resto del país. Entre estas tendencias destacamos:

1- Tal vez el primer cambio lingüístico que se produjo por las relaciones sociales que se establecían en América entre los conquistadores entre sí y entre ellos y los indígenas y los negros esclavos fue que todos los conquistadores querían ser tratados de *vos* o de *usted* o *vuestra merced*, mientras el *tú* se empleaba para los miembros de las clases inferiores. Por otra parte, el uso preferencial de *usted* en lugar de *vos* con el tiempo llevaría al desuso del “vosotros” y de la segunda persona plural de los verbos, con la consiguiente anomalía sintáctica, ya que el neologismo *usted*, aunque sea intencionalmente un pronombre de segunda persona, se construye con el verbo en tercera persona. Sin embargo, vale la pena destacar que la forma *vos* concordando normalmente con el verbo en 2ª persona del plural, se sigue usando en Centro-Occidente como alternativa del *usted*, mientras esto no sucede en la región central, en Oriente, ni en el sur del país, donde es normal el *tuteo* entre personas conocidas. Una explicación de este fenómeno socio-lingüístico la da Aquiles Nazoa, quien afirma que el “tú caraqueño” se debió a que todos los miembros de la gran masa de esclavos, indios, zambos, mulatos y pardos que formaban el grueso de la sociedad colonial, eran *tuteados* por los amos blancos, hasta que este uso mayoritario, inicialmente racista y discriminatorio, pasó a ser el trato normal entre los caraqueños²⁷. Aquí también, sin embargo, el plural del *tú* no es “vosotros” ni “vos”, sino *ustedes*, con el verbo concordado en tercera persona del plural.

2- En toda América, y también en Venezuela, se emplean a nivel de pueblo filológicamente, es decir, según el uso latino, las formas pronominales de tercera persona *lo/la*, *los/las* para masculino y femenino en función de complemento directo (ej.: *lo/la* vi; *los/las* vi), y el *le/les* en función de complemento indirecto (ej.: *le* hablé; *les* hablé), quedando impreciso en este último caso, como en latín, si se trata de masculino o femenino. Para salir de dudas, se acude a la redundancia (Ej.: *le* hablé a *él/ella*; *les* hablé a *ellos/ellas*), aunque a veces en programas de televisión se oye el *loísmo* y el *laísmo* (ej.: Yo se *los/las* dije). Sin embargo, por el influjo de la literatura y la radio y televisión españolas, y en particular por las traducciones españolas de la Biblia y los himnos religiosos que nos llegan de la Península, donde se usa normalmente el *leísmo*, se crea confusión en particular a nivel de comunicadores sociales, que quedan con la idea de que lo correcto es el *leísmo*. De todos modos, lo más preciso sería decir que en este punto no se usa *leísmo*, sino que existe anarquía.

²⁷ Nazoa, Aquiles. *Caracas física y espiritual*, 1977, p. 84.

3- En cuanto a fonética, la lengua castellana en América había comenzado a diferenciarse ya desde el comienzo del siglo XVII, siendo el rasgo más sensible al oído el pronunciar como *s* la letra *c* ante vocal *i*, *e*, y la letra *z* ante *o*, *a*, *u*, de modo que palabras castellanas como *cocer*, *inducir*, *torpeza*, *pedazo*, *azúcar*, *haznos*, y *Zaqueo* en América empezaron a sonar *coser*, *indusir*, *torpesa*, *pedaso*, *asúcar*, *asnos* y *Saqueo*.

La raíz de este cambio fonético, en realidad, no había surgido en América, sino que venía de la propia España, y concretamente de Andalucía, donde la *c* ante vocal *e*, *i*, y la *z* ante *a*, *o*, *u*, sonaban y siguen sonando como *s*, y ese dialectismo se impuso debido a que el elemento humano andaluz fue predominante en la conquista y población de Venezuela, especialmente en la región que por ello se llamó Nueva Andalucía. Esta tendencia fonética se vio reforzada desde el comienzo por el hecho de que en ninguna lengua indígena local existía el sonido fricativo dental (*th*) con el que se pronuncian en España letra *c* ante *e*, *i*, y la *z* ante *a*, *o*, *u*. Hay que reconocer, sin embargo, que en algunas partes del Oriente de Venezuela se produjo el fenómeno contrario, y se habla con *ceceo*, pronunciando la *s* como *th* (*thí*, *thí*..., en lugar de *sí*, *sí*).

4- Supresión de las *s* en posición final de palabra. Esta milenaria tendencia había eliminado la *s* singular de las palabras latinas, y la había reservado como signo de plural, tanto en francés²⁸ como en los diferentes romances hispanos, incluyendo el portugués. En este punto de alguna manera se sigue el camino ya recorrido por el francés, puesto que la tendencia de la lengua hablada es desvanecer la *s* final como una pequeña aspiración ante vocal, mientras casi desaparece por completo en plural (ej: *mih amigo*), especialmente en posición final de frase, lo cual explica expresiones, letreros o grafiti del tipo: “Agarra esoh cambure”; “Caja para los primero auxilio”; “Canal para vehículo pesado”; “Los pescadore reclaman sus derecho”²⁹.

Como entre nosotros la *z* suena como *s*, la *z* final corre la misma suerte de aquella, es decir, tiende a esfumarse y desaparecer (ej.: El último apaga la *luh*).

²⁸ En francés la *s* plural es solo un signo ortográfico, que en la actualidad no se pronuncia si no le sigue una vocal. Ej.: *mon ami*, mi amigo; *mes amis* (lea: *mesami*), mis amigos.

²⁹ Entre nosotros esta tendencia es reforzada localmente por influjo del sustrato indígena, ya que el tamanaco carecía de *s*, como nos dice el P. Gilij. Debemos recordar, sin embargo, que el timoto-cuica poseía, además de la *s* fricativa normal, también la *s* africana (*sh*), de modo que en la región andina la *s* castellana resiste mejor al desgaste.

En algunas áreas, especialmente en los llanos y hacia Occidente, la *s* suele aspirarse como una suave *j*, como en: “¿Qué *jue*?”; “¿Sí *jeñol*!”; “¿*Jerá* que me *puee* abril la *puelta*?”³⁰.

También la *s* en grupos cultos como *nst*, suele desaparecer en el habla popular (ej.: instituto > *intituto*), mientras en *bsc*, *nsp*, se mantiene, y desaparecen la *b* y *n* (ejs.: obscuro, transporte > *oscurro*, *trasporte*). En los grupos *sc*, *st*, *sk*, la tendencia fonética es asimilar la *s* a la consonante siguiente o desaparecer, de modo que voces como *escalera*, *este*, *wisky*... suenan casi: *eccalera*, *ette*, *güiki*...

A veces en lenguaje descuidado desaparece la *es-* inicial de palabras, especialmente en el verbo *estar*, en expresiones del tipo: “¡*’toy* contento!”.

En los verbos se mantiene la analogía castellana con el latín, idioma en que la *s* final es indicio de segunda persona, tanto del singular como del plural (lat.: *amas*, *amatis*; cast.: *amas*, *amáis*), inclusive en el pretérito perfecto, tiempo en el cual solo tiene *s* el plural (lat.: *amasti*, *amastis*; cast.: *amaste*, *amasteis*), aunque a veces se oye la *s* también en singular (*amastes*).

5- Supresión de la consonante *d* entre vocales. Esta tendencia, así como había transformado las voces latinas *crédere*, *videre*, *providere*, *possidere*, *comédere*, *radix*, *judex*, *judicium*, *paradisus*, *limpidus*, *foedus*, *fidelis*, *pedem*, *pediculus*..., en las castellanas *creer*, *ver*, *proveer*, *poseer*, *comer*, *raíz*, *juez*, *juicio*, *paraíso*, *feo*, *limpio*, *fiel*, *pie*, *piojo*..., sigue afectando voces castellanas como: *comida*, *dedo*, *bledo*, *pedazo*, *vereda*, *madrugada*, *todo*, *ciudadanía*, *empresa privada*..., que en nuestra pronunciación cotidiana a menudo suenan: *comía*, *deo*, *bleo*, *piaso*, *verea*, *madrugáa*, *paráa*, *too*, *ciuaanía*, *empresa privaa*... Esta tendencia es reforzada por otras voces españolas análogas como *correo*, *paseo*, *empleo*, *poleo*, *tiroteo*, *bacalao*, *sarao*..., o topónimos indígenas caraqueños del tipo de *Chacao*, *Caricua*, *Macarao*, *Catuchacua*, donde la *-o* final (variante fonética de la *-u* indígena) indica el caso locativo en *cumanagoto* y *caraca*. Por lo anterior consideramos que expresiones como “Ojo *pelao*!”, “Claro y *raspao*”, “*rabipelao*” o “*toero*” son modismos que llegaron para quedarse para siempre entre nosotros, de modo que es difícil imaginar que alguien, por corrección, diga: “Ojo *pelado*!”, “Claro y *raspado*”, “*rabipelado*” o “*todero*”; o por pseudocorrección, como le escuchamos a un niño: “Mamá, ¿falta mucho para *Chacadito*?”

“¡*Caa*, *Caa*!”, le oímos gritar insistentemente a un espontáneo que quería dar a entender que una buseta pasaría por el supermercado *CADA*, como estaba

³⁰ De este modo, la aspiración de la *s-* inicial como *j-* llega a coincidir con la aspiración de la *f-* inicial de las palabras latinas (ej.: *fūit*, *fortis*, *febrarius*) en *h-* aspirada o *j-*, como todavía se hace en Castilla (ej.: *hué*, *huerte*, *hebrero*, etc.) y en Andalucía (ejs.: *jigo*, *jorno*, *jacha*, del latín: *ficus*, *furnus*, *fascis*).

escrito en un letrero bien visible que la camioneta llevaba delante y él estaba leyendo.

La consonante *d* suele suprimirse también en posición inicial de palabra, cuando es precedida por una vocal, como: “No me 'a la gana”, “Hijo 'e perra”; pero especialmente en posición final de palabra, de modo que: *ciudad*, *casualidad*, *amistad*, *usted*, *universidad*... se vuelven: *ciudá* (o *suidá*), *casualiá*, *amistá*, *usté*, *uniersiá*... Este es otro rasgo fonético del andaluz.

6- Supresión de *b* entre vocales, como en *sábado*, *trabajo*, que suenan: *saao*, *traajo*. Un fenómeno análogo en latín, como es la supresión de *g* y *v* entre vocales, había producido en castellano: *leer*, *vela*, *frío*, *país*, *maestro*, *rey*, *ley*, *leal*, *correa*, *buey*, (de: *légere*, *vigilia*, *frigidus*, *pagus*, *magistrum*, *regem*, *legem*, *legalis*, *corrigia*, *bovem*...), al igual que el nombre de la ciudad de León, que procede del latín *Legionem*³¹. Como sucede con la *d*, también la *v* inicial tiende a ser eliminada cuando la palabra anterior termina en vocal (ej.: ¡Esa 'aina!)³².

7- Frecuente confusión de *r* y *l*, como en: “Buenas *talde*, *Calmen*”; “'tah *retaldao*!”; “'taba *pol áhi*”; “Jugo de mora y de *palchita*”; “El presidente de la empresa tiene oídos *soldos* ante nuestros reclamo”.

Recuérdese que algo parecido había transformado las voces latinas *cárcer*, *mármor* y *tenébrae*³³ en las castellanas *cárcel*, *mármol* y *tinieblas*... En el caso de Venezuela, esta tendencia está reforzada por el hecho ya reportado de varios idiomas indígenas en los que se intercambiaban varias letras castellanas, como *d*, *r*, *l*. Por ejemplo, “monte Roraima” en boca yecuana suena “monte *Dodoima*”. Otro caso análogo podría ser el criollismo “*cuji cabrero*”, que en el estado Lara se volvió “*cuji caudero*”, donde la *d* reemplazó a la *r*, y la *b* se vocalizó, según el modelo de *cautivo* y *bautista* (del latín: *captivus*, *baptista*). Además, oímos a un honrado ciudadano decir en una conversación “*calta* aval” y, poco después, “*carta* de crédito”; y a un campesino yaracuyano le grabamos la misma frase pronunciada una vez como “*espíritu maldito*” y a continuación, con más énfasis, “*espíritu mardito*”.

8- Supresión muy frecuente de la *r* final, especialmente de los infinitivos verbales, de modo que es normal escuchar expresiones como: “*Quiereh pasiá*”;

³¹ Algunas voces castellanas como *reina*, *vaina*, *veinte*, *treinta*, durante la Edad Media se pronunciaban *reína*, *vaina*, *veinte*, *treinta*, es decir, manteniendo todavía el acento sobre las sílabas de las equivalentes voces latinas de donde proceden, como son: *regina*, *vagina*, *viginti*, *triginta*.

³² También en latín se suprimía normalmente la -v- e inclusive -ve-, -vi-, en particular en muchos tiempos verbales. Por ejemplo: *amavisti*, *amáveras*, *amáveris*, *amavisses* se volvían: *amasti*, *amaras*, *amaris*, *amasses*, que están en el origen de las formas verbales castellanas: *amaste*, *amaras*, *amares*, *amases*.

³³ Esta voz, que en latín era esdrújula, en Hispania se pronunciaba grave (*tenébrae*), siendo esta pronunciación el antecedente inmediato de nuestras *tinieblas*.

“¿Que vah *asé*?”; “Esto se va *acabá*”; “Espelúcate *pa' peináte*”; “Ese *muelto* no lo dejan *descansá en pah*”.

En ciertas zonas rurales del interior, como el estado Apure, suele suprimirse tanto la *r* como la *l* final de palabra: todo esto como otra evidencia del predominio del elemento humano andaluz desde los primeros siglos de la colonización de Venezuela.

Para demostrar que entre nosotros este es un detalle fonético de vieja data, reproducimos un episodio de la Guerra de la Independencia que refiere Tulio Febres Cordero, a saber: que en vísperas de la batalla del Pantano de Vargas se acercaron al campamento patriota al mando del Gral. Rondón, dos húsares de Fernando VII a caballo, trajeados con uniforme de gala y armados con sable, dos pistolas y carabina, en actitud desafiante. Un joven zambo de caballería del bajo Apure, medio desnudo, armado de lanza y montando en pelo su caballito, se presentó y le dijo al General: *-Mi generá, me da permiso de espantá aquello dos goos?... -¿Y tú solo?, preguntó el Gral. Rondón. - ¡Si señó!-, contestó el zambito; y al obtener el permiso, se precipitó sobre los dos húsares, que le descargaron encima las pistolas y las carabinas, hiriéndole el caballo, por fortuna sin gravedad. El llanero alanceó al primero con quien se topó, y luego se lanzó tras el segundo, que huía precipitadamente, pero de nada le valió, porque el llanerito le dio alcance y le hizo correr la misma suerte de su compañero. Luego regresó con su caballito al trote y llevando otro caballo del cabestro, entre los gritos delirantes de la tropa; y al general que lo felicitaba por la hazaña le contestó modestamente: -¡Eso no es náa mi generá!*³⁴.

En breve, podemos decir que en los rasgos fonéticos presentados hasta aquí, se observa una marcada analogía con el dialecto andaluz, caracterizado por la “articulación débil de las consonantes tanto finales como intervocálicas, y la abundante pérdida de las mismas, con gran predominio de sonidos vocales”, lo cual es típico del lenguaje femenino e infantil, y nos recuerda lo que le oímos a un niño, que le decía a su hermanito: “*'tah cansao, ¿'eldá?*”.

9- Otra tendencia es la de cortar palabras, de modo que, especialmente en el ambiente estudiantil y juvenil es usual oír hablar de: la *seño*, el *profe*, la *foto*, la *moto*, el *auto*, buena *vibra*, nuestra *promo...*, o inclusive expresiones como: “¿Estás en la *ofi*, *porfa?* Te lo pregunto *porsia*”.

Entre las palabras más usualmente cortadas está la preposición *para*, que suele apocoparse como *pa'* o *p'* (ejs.: “*Pa' la playa, 'mano*”; “*¡Vamoh p' allá!*”). Sin embargo, esta es solo una tendencia, no la norma, ya que en muchas

³⁴ Febres Cordero, Tulio. “El zambito de Apure”, en: *El Lápiz*, Mérida, abril 2 de 1890, p. 116. Episodio referido por el comandante José María Espinosa en sus *Memorias de un abanderado*.

ocasiones se oye pronunciar sin apócope, aún en boca del pueblo iletrado (ej.: ¿Vah *para* el traajo?).

10- Un rasgo lingüístico que a nivel internacional está asociado con el régimen político de “Revolución pacífica, pero armada” que se impuso en Venezuela desde fines del siglo XX es la redundante diferenciación de género, tanto en la Constitución nacional, como en los escritos y discursos oficiales, donde oímos, como si se tratara de la suprema elegancia del idioma: *soldados y soldadas, reservistos y reservistas, todos y todas, juntos y juntas, jueces y juezas, homicidios y féminicidios...* El lingüista Álex Grijelmo satiriza esta absurda manera de hablar, que para ser coherentes obligaría a rehacer el refranero popular en el sentido de: “El perro y la perra son el mejor amigo y la mejor amiga del hombre y la mujer”. Además, observa que órdenes como “Los alumnos y las alumnas que son pequeños y son pequeñas tendrán que salir al recreo con sus profesores y profesoras” resultan imposibles, y no por prejuicios sexuales, sino por la tendencia ancestral del idioma a la economía expresiva, y sobre todo porque los pensamientos son rápidos y las frases que los expresan no pueden alargarse, porque se ocasionaría un desacomodo excesivo entre las dos velocidades, la de pensar o sentir, y la de expresarse.³⁵

11- Vinculado con lo anterior es el empeño oficial de crear una “neolengua” de tipo orwelliano, cambiando los nombres de instituciones, efemérides, plazas, avenidas y parques, de modo que una persona que regresara al país tras unos veinte años de ausencia quedaría completamente desorientada. Si pensara alojarse en el hotel Caracas Hilton, no lo encontraría, porque ahora se llama *Alba Caracas*; ya no reconocería los nombres de los sitios de su infancia, cuando se entere, por ejemplo, que el parque nacional “El Ávila” que conociera cuando pequeño, ahora se llama *Waraira repano*³⁶; que lo que conoció como Parque del Este ahora es *Parque Miranda*; que el Parque del Oeste es *Parque Ali primera*; si quiere visitar el Congreso de la República, se encontrará con que ahora se llama *Asamblea Nacional*, donde no hay diputados y senadores, sino solo *asambleístas*; que el Ministerio del Interior, asociado primero al Ministerio de Justicia para formar el Ministerio del Interior y Justicia, luego se volvió *Ministerio del poder popular del Interior, Justicia y Paz* (MPPIJP)³⁷; que el Ministerio de Agricultura y Cría ahora se llama *Ministerio del poder popular de Agricultura y Tierra* (MPPAT), porque de la

³⁵ Grijelmo, Álex. *El genio del idioma*, p. 188.

³⁶ Gazapo lingüístico consagrado en la Gaceta Oficial, por: *Wariarepano*.

³⁷ En la novela de Orwell, 1983, el viejo “Ministerio de Guerra” se había vuelto *Ministerio de la Paz*; la institución que tenía a su cargo adular todos los días los datos históricos anteriores a la Revolución se llamaba *Ministerio de la Verdad*, mientras que el espionaje y la represión de los opositores al régimen estaban a cargo del *Ministerio del Amor*. (Orwell, G. 1983, 3ª parte, cap. I)

cría se ocupa otro ministerio del poder popular; que la oficina de *Extranjería* ahora es el *SAIME*; que la Policía Técnica Judicial (PTJ), ahora es CICPC (Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas); que la DIM (Dirección de Inteligencia Militar) y la DISIP (Dirección de Servivios de Inteligencia y Prevención) se fundieron en el SEBIN (Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional); que ya no se celebra el *Día de la Raza*, sino que ahora se dice *Día de la Resistencia Indígena*; o que en el país no hay “inseguridad”, sino que la situación es *excesivamente normal*; ya no hay “niños de la calle”, porque se han vuelto *hijos de la patria*; no hay “damnificados”, sino *dignificados*; las noticias de crónica roja son *incitación al odio y a la violencia*; ya no hay obreros “despedidos”, sino *desincorporados*; tampoco hay en los puertos alimentos “podridos”, sino *inconformes*; ahora ya no se estila decir “varón y hembra”, sino *hombre y mujer* (paralelo al inglés: *man and woman*); ya no se habla de “conserje”, sino de *trabajador domiciliario*; ya no hay “presos”, sino *privados de libertad*; tampoco hay “presos políticos”, sino *políticos presos*; los productos no “aumentan de precio”, sino que *se actualizan*; y menos todavía hay “escasez de productos”, sino que hay una *guerra económica*, tanto más cuando reducir el valor de la moneda nacional en casi un 100% no se debe llamar “devaluación”, sino *ajuste* cambiario. Análogamente, ya no parece culto decir “beber agua”, sino que hay que *hidratarse*, y con mucha más razón cuando se tiene sed -perdón-, se está *deshidratado*; y a pesar de que todo el mundo pregunta sin empacho si ya “*salió o se puso el sol*”, no se vería bien que un profesor universitario fuera “*picado de culebra*”, como se dijo toda la vida; ahora hay que decir “*mordido de culebra*”, y tampoco se habla de veneno “*raticida*”, sino de veneno *rodenticida*.

Más sofisticado todavía: ya es tabú decir “*vejez*”, porque ahora es *tercera edad* o *juventud prolongada*; ya no se puede hablar de “*ciegos*”, sino de *invidentes*; tampoco hay gente con “*arteriosclerosis*”, sino que padecen de *Alzheimer*, o “*tienen el alemán*”; ya no se habla de “*embolia cerebral*”, ni de “*derrame cerebral*”, sino de ACV (Accidente Cerebro-Vascular); y no se dice “*aborto*”, sino *interrupción voluntaria del embarazo*. Por añadidura, términos como “*oculista*” o “*dentista*” ya no son del gusto de los profesionales modernos, que exigen ser llamados *oftalmólogos* u *odontólogos*, y estos no “*sacan muelas*”, sino que realizan *exodoncias*, y especifican los diferentes tratamientos dentales como *periodoncias* u *ortodoncias*; y van acompañados por todo un cortejo de profesionales de la salud, como los *otorrinolaringólogos*, *odontopediatras*, *cardiólogos*, *cardiópatas*, *neumatólogos*, *neurólogos*, *nefrólogos*, *urólogos*, *terapeutas*, que atienden *rinitis*, *neuralgias*, *cardiopatías* como *trombosis coronarias*, infartos al *miocardio*, tratan el *encéfalo* (que no “*cerebro*”) y realizan *hematologías* y *encefalogramas* y hacen tratamientos

cosméticos autólogos; ya no se dice “dolor de oídos”, sino *otitis*; el popular “dolor de muelas” se ha vuelto *odontalgia*; y muy posiblemente no le diagnostiquen “fiebre”, sino *pirosis*, que desde luego se combate con remedios *antipiréticos*. Y así, todo un caudal de términos técnicos médicos y científicos, en general de origen griego, pero que nos llegaron por conducto del inglés y se trasvasaron al castellano para desplazar la terminología tradicional, mayormente de origen latino.

12- El inglés aporta, además, una gran cantidad de términos, que suelen salpicar la conversación de las personas cultas, semicultas o las charlas formales e informales en ambientes económicos, donde es usual oír hablar de *target* y de *marketing*, hacer *lobby*, de los “*aitems*” disponibles en un negocio; y además neologismos del tipo: *inicializar* la fotocopiadora, *efectivizar* un pago, *digitar* la clave secreta, *aperturar* una cuenta bancaria, *direccionar* una denuncia.

El inglés también se percibe, disimulado, cuando ya no se nos habla de “vigilancia”, sino de *seguridad*, ni de “agentes policiales”, sino de “*oficiales de policía*”; y en expresiones de uso corriente en personas instruidas, como: “¿*Aplicaste* para el trabajo?”; “Yo no he *roto* los acuerdos”; “La Biblia en la *actualidad* no dice que el dinero sea malo”.

Lo anterior de hecho delata falta de formación en la lengua materna, como lo sugieren otras expresiones del tipo: “Pedro *descolla* sobre sus compañeros”; “Las unidades de transporte terrestre tienen mucho tiempo que no se *renovan*”; “Hemos llegado al ministerio de Educación Superior e *introducimos* el documento”; “Hice lo que cualquier persona *fuera* hecho”; “El negocio estuvo a punto de *cerrarse* (firmarse), con las consecuencias que eso *trayera*”; “Espero que *puédamos* ir”; “Es importante que *entiéndamos* que se deben respetar los semáforos”.³⁸

13- Señalamos, finalmente, el uso del *potencial* en lugar del copretérito de subjuntivo en las prótasis hipotéticas: “Si yo *podría* decidir por ti, lo haría”; “Imaginense qué pasaría si eso *sucedría* en una empresa del estado”.³⁹ Una vez más, atribuimos esta tendencia, que se suele oír cada vez más en boca de las generaciones jóvenes, inclusive de profesionales universitarios, al influjo del

³⁸ Ya Andrés Bello anotaba que “es harto común entre los americanos, decir *háyamos*, *váyamos*, *séamos*..., y no faltan algunos que acentúan del mismo modo otros presentes de subjuntivo, diciendo: *téngamos*, *óigamos*, etc. (*Ortología*, p. 43). Es otra tendencia del habla popular transformar la terminación *-mos* en *-nos* en formas verbales esdrújulas (ej.: *íbanos*; *decíanos*, etc.), lo cual, por cierto, es muy lógico, ya que la desinencia verbal indica la persona del sujeto, y en castellano el sujeto de la primera persona del plural es *nos*.”

³⁹ Rafael Seco, *Manual de Gramática española*, 185, p.245-6. *Prótasis* (afirmación condicional: Si yo *pudiera*...); *apódosis* oración principal (lo haría).

inglés, lengua en la que tanto en la prótasis como en la apódosis de la oración, se emplea el tiempo potencial (ej.: If I *could*, I *would* do it).

CONCLUSIÓN

Para concluir, podemos decir que el idioma castellano entre nosotros actualmente está sometido a varias presiones, de las cuales destacamos:

1- Aluvión de tecnicismos, en general de origen griego, que las ciencias modernas, a imitación del inglés, vierten al lenguaje diario, pero que no están al alcance de la comprensión de personas no especializadas, aunque hayan cursado niveles superiores de educación. Así en buena medida se frustra la intención comunicativa del lenguaje, y más bien se levanta una barrera cultural entre el hablante y el oyente, que puede llegar a sentirse un extraño en su propia tierra, ya que no entiende lo que le dicen en su lengua materna, que él creía conocer.

2- Fuerte influjo del inglés sobre el habla de las clases instruidas y en el habla urbana, tanto en vocabulario como en afectación de la sintaxis castellana.

3- Empeño abusivo y pedante del régimen de “Revolución pacífica, pero armada” que actualmente dirige el país, de crear una “neolengua”, siguiendo el ejemplo del régimen de *Eurasia* de la novela *1983*, de Jorge Orwell.

4- Vigencia de unas tendencias fonéticas que, a través de unos diez siglos, junto con otras, habían contribuido a transformar el latín popular de los legionarios romanos en castellano, pasando de boca en boca de los rústicos e iletrados campesinos, amas de casa, mesnadas y pastores ibéricos y los bárbaros romanizados.

Esto último es algo intrínseco del idioma, y nos permite apreciar que lo que conocemos como “castellano” es solo una fase en la evolución del latín, y que la tendencia natural es que ese proceso continúe a través de los siglos, ya que persisten algunas de las tendencias fonéticas que poco a poco habían transmutado el latín en castellano. Tales tendencias (pérdida de la *s* final, pérdida de la *r* final, especialmente de los infinitivos verbales, pérdida de la *d* entre vocales y al final de palabra, alternancia ocasional de *r* y *l*) son características del andaluz y del habla de las islas Canarias por influencia de aquel, lo cual se explica por haber sido andaluces y canarios la mayoría de los pobladores españoles de Venezuela en los primeros siglos de la Colonia. Podemos entonces definir la pronunciación del venezolano como *andaluzoide*, siquiera “por la mayor tendencia que el castellano a suprimir la articulación de la *d* entre vocales”.

Este dialectismo peninsular es reforzado en nuestro país por el sustrato de las lenguas indígenas, en las que los sonidos *r* y *l* son equivalentes, y carecen

todas ellas de varias letras del alfabeto español, lo cual implica dificultad articulatoria o aversión al uso de algunas consonantes, todo ello tipificado en la ley fonética del "menor esfuerzo".

Cabría esperar que, gracias al nivel cultural alcanzado actualmente por una gran parte de la población -que por eso mismo debería conocer la "imagen gráfica" de las palabras y acomodar a ella la "imagen fonética" de las mismas-, el idioma castellano hubiese alcanzado entre nosotros una relativa estabilidad. En efecto, esto sucede así en muchos casos, cuando oímos personajes públicos, actores, profesionales y comunicadores sociales usar el castellano con absoluta precisión y propiedad; mientras, en contraste, muchas otras "personas cultas", especialmente en el habla informal, funcionalmente se expresan como personas "rústicas e iletradas", y además, vulgares, como cualquier persona sin estudios. Lo anterior plantea, con respecto al futuro del castellano, el mismo choque de tendencias lingüísticas que se activaron con respecto al latín en las distintas provincias, y en particular en Hispania, tras la caída del imperio romano.

A diferencia de entonces, sin embargo, la gran mayoría de los hispanohablantes está escolarizada y sabe leer y escribir. Además, existe hoy el invalorable recurso de los medios masivos de comunicación, que pueden difundir ventajosamente por todo el mundo las formas normales del idioma. De allí la importancia de la labor que cumplen instituciones como los Ministerios de Educación, las Academias de la Lengua, las universidades y los Colegios de Periodistas en promover cursos de dicción para los comunicadores sociales y otros profesionales, orientar publicaciones y programas radiales y televisivos en que no se respeta la ortografía y la ortología castellana, y en particular desaprobar el uso del lenguaje impropio, chabacano y ofensivo. En fin de cuentas, un idioma como el castellano, que permite la comunicación entre tantos pueblos hermanos, debe ser mirado como un valioso patrimonio espiritual compartido, y como tal apreciado, estudiado y defendido.

BIBLIOGRAFÍA:

- BARRAL, Fr. Basilio OFM Cap. *Diccionario Guaraño-español, Español-guaraño*. Caracas, Soc. Cienc. Nat. La Salle, Monografía N° 3, 1957.
- BELLO, A. *Principios de Ortología i Métrica de la lengua castellana*. Santiago de Chile, 1859, 3ª ed.
- *Gramática de la lengua castellana para uso de los americanos*. Caracas, 1992.

- CEY, Galeotto . *Viaje y Descripción de las Indias, 1539-1553*. Estudio preliminar, Notas e Índices de José Rafael Lovera. Caracas, Fund. Banco Venezolano de Crédito, 1995.
- DÍEZ-ECHARRI, Emiliano, y José María Roca Franquesa. *Historia de la Literatura Española e Hispano-Americana*,. Madrid, Ed. Aguilar, 1960.
- FEBRES CORDERO, Tulio. *El lápiz*. Mérida (Venezuela), 1890.
- GRIJELMO, Álex. *El genio del idioma*. Madrid, Santillana Ed. Gral., 2004.
- *Defensa apasionada del idioma español*. Madrid, Santillana Ed. Gral., (1998), 2006.
- JUSAYÚ, Miguel Ángel y Jesús Olza Zubiri. *Diccionario sistemático de la lengua guajira II*. Caracas, UCAB, 2012.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Manual de Gramática Histórica española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977.
- MOSONYI, Jorge C. *Diccionario básico del idioma carriña*. Caracas, 1978.
- NAZOA, Aquiles. *Caracas física y espiritual*. Caracas, Consejo Municipal del D.F. 1977.
- PAZ IPUANA, Ramón. "Glosario de voces guajiras" en: *Mitos, leyendas y cuentos guajiros*. Caracas, Instituto Agrario Nacional, 1973.
- QUERALES, Ramón. *El Ayamán*. Barquisimeto, 2007.
- Real Academia de la Lengua (RAE). *Esbozo de una Nueva Gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
- RUIZ BLANCO, Fr. Matías OFM Cap. *Arte y Tesoro de la lengua cumanagota*. Leipzig, 1888.
- SALAS, Julio César. *Etnografía de Venezuela*, Mérida, ULA, (1921) 1956.
- SECO, Rafael. *Manual de Gramática española*. Madrid, Aguilar, (1954) 1975.
- TAUSTE, Fr. Francisco OFM Cap. *Arte y vocabulario de la lengua de los indios Chaimas, Cumanagotos, Cores, parias y otros de la provincia de Cumaná o Nueva Andalucía*. (Madrid, 1680) Leipzig, B.G. Teubner, 1888.
- VAQUERO, Fr. Antonio OFM Cap. *Idioma warao -morfología, sintaxis, literatura*. Caracas, Estudios indigenistas, 1965.